



AÑO XXIX.

PERIÓDICO DE SEÑORAS Y SEÑORITAS.

NÚM. 23.

GRABADO DE MODAS.

TRAJES DE VERANO.

BIBLIOTECA MUNICIPAL MADRID



JUNIO DE 1870.

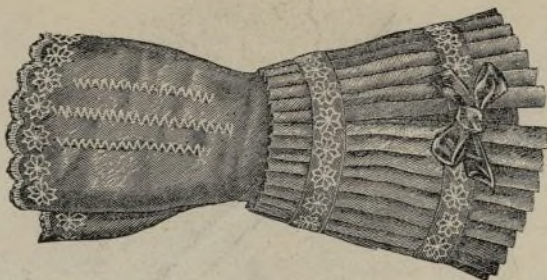
Al presente número acompaña la hoja de patrones núm. 12.

Ayuntamiento de Madrid

Sumario.—Hoja de patrones.—Grabado de modas.—Guante de jardín —Cuello-corbata de encaje inglés.—Cuello-corbata de encaje de Valenciennes.—Formas de sombreros —Trajes para niña de uno á tres años.—Capa de cachemira negra para señora mayor.—Zapatilla de baño.—Zapatilla de encaje inglés.—Saco para calzado.—Fichú de tul negro y encaje.—Vestido con cuerpo de cotilla.—Traje de viaje.—Capa de verano para señora mayor.—Sombrero de crespon de China azul.—Corpiño de abertura cuadrada.—Corpiño de percal listado.—Corpiño de muselina con peto plegado.—Corpiño de batista cruda.—Diplomacia femenina, por doña María del Pilar Sinués de Marco.

BORDADO PARA GUANTE DE JARDIN.

Explicacion de varios grabados.
—Secretos del hogar doméstico, por doña Faustina Saez de



GUANTE DE JARDIN.
(Explicacion en la hoja de patrones).

inglesa, con bandas de tul negro y rosas. Sombrilla de fular crudo.

Vestido con doble falda, de fular listado azul y blanco. La falda de debajo va guarnecida de un ancho volante de la misma tela. Cinturon y lazo de la misma tela del traje. Sombrero redondo de paja con pluma grande blanca.

Traje para niña de 8 á 10 años. La falda de debajo, adornada con dos volantes, es de batista de lana, color gris claro. La falda de encima y el corpiño descotado son



BORDADO PARA GUANTE DE JARDIN.



TRAJE PARA NIÑA DE UNO Á TRES AÑOS (delantero).
(La explicacion en la hoja de patrones).



FORMA DEL SOMBRERO DE CRESPON DE CHINA AZUL.



CUELLO-CORBATA DE ENCAJE INGLÉS.



FORMA DE LOS SOMBREROS NÚMS. 1, 8 Y 10.



FORMA DEL SOMBRERO NÚM. 3.



CUELLO-CORBATA DE ENCAJE DE VALENCIENNES.



FORMA DEL SOMBRERO NÚM. 6.



FORMA DEL SOMBRERO NÚM. 9.



FORMA DEL SOMBRERO NÚM. 2.



TRAJE PARA NIÑA DE UNO Á TRES AÑOS (espalda).

Melgar.—Tutores y pupilos; "poesía, por don Antonio de Trueba.—Revista de modas, por la vizcondesa de Castelfido.—Explicacion del figurin iluminado, por Emelina Raymond.—Correspondencia, por la Baronesa de Wilson.—Geriográfico.—Advertencias.—Anuncios.

Explicacion del grabado de modas.

Traje de doble falda, de fular crudo, guarnecido con rizados de la misma tela. Paletó de gros grain negro, guarnecido con bellotitas de la misma tela y fleco de seda. Sombrero de paja



CAPA DE CACHEMIRA NEGRA PARA SEÑORA MAYOR.
(Explicacion en la hoja de patrones).

de batista de lana azul y van guarnecidos con un fleco de seda. Camiseta de muselina blanca plegada. Lazo de cinta de tafetan azul. Sombrero de paja blanca, con cintas de terciopelo negro y amapolas.

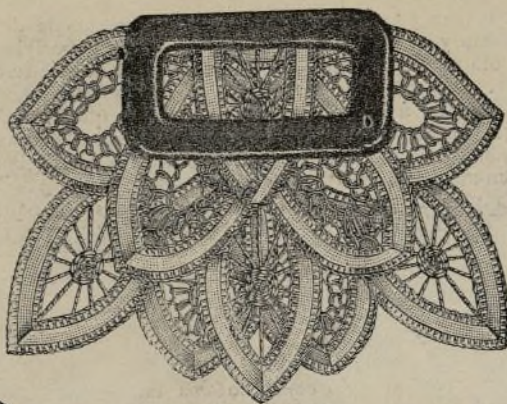
Traje con doble falda de pult de seda gris. Paletósaco de terciopelo blanco, con adornos, solapas y botones de terciopelo encarnado. Sombrero de paja de Italia con banda de gasa, lazo de terciopelo negro y pluma de gallo.

Vestido de muselina de color claro. Guarniciones de la misma tela, consistente en volantes encañonados. Camisolin y mangas de debajo de tul. Sombrero de paja con banda ó velo de gasa y una rosa.

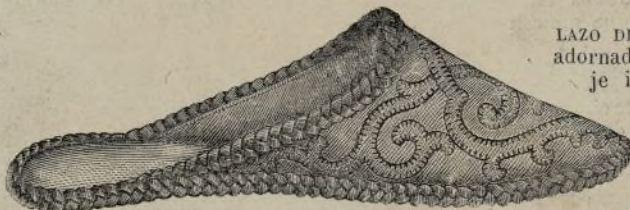
Cuello-corbata de encaje inglés.

La figura 31 (recto) pertenece á este cuello.

La figura 31 representa la mitad del dibujo de este cuello. Se le ejecuta de encaje inglés, (véase el suplemento que dimos con el número 21.)



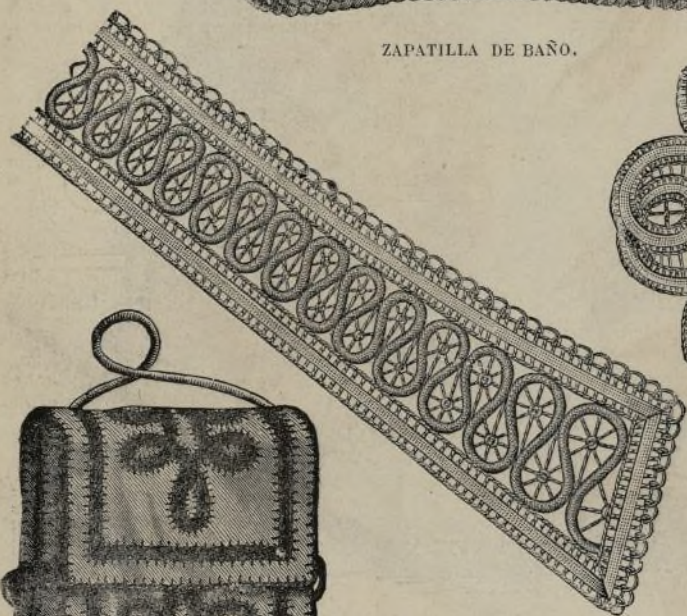
LAZO DE ZAPATILLA adornada de encaje inglés.



ZAPATILLA DE BAÑO.



ZAPATILLA DE ENCAJE INGLÉS.



NÚM. 1. CUELLO RECTO DE ENCAJE INGLÉS.



LAZO PARA ADORNO DE ZAPATILLA.



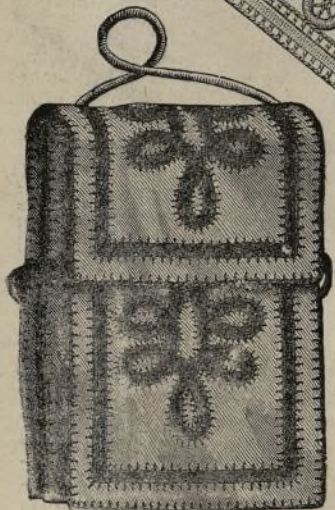
LAZO PARA ADORNO DE ZAPATILLA.



NÚM. 2. CUELLO RECTO DE ENCAJE INGLÉS.



SACO PARA CALZADO (abierto).



SACO PARA CALZADO (cerrado).

Cuello-corbata de encaje de Valenciennes.

Estos cuellos, sin camisolin interior, son muy cómodos para verano. Este se compone de un entredós de 2 centímetros de ancho y del largo requerido para rodear el cuello. Se le guarnece por cada lado con un encaje surtido, que se frunce ligeramente, y que tiene 2 centímetros y medio de ancho. Las caídas se componen cada una de un pedazo de tul doble, de 5 centímetros de ancho sobre el borde inferior y de 3 centímetros sobre el inferior. Se cubre el tul

de las Lecciones de encaje inglés que dimos en el suplemento al número 21.

Vestido con cuerpo de cotilla.

Habiéndose hecho algunas tentativas para volver á los cuerpos de cotilla, publicamos que representa un corpiño y una túnica ó sobrefalda de sultana color de lila, con biés y fleco de color violeta. Guardapiés de seda violeta.

DIPLOMACIA FEMENINA.

I.

No son las armas del sexo bello y débil la cólera, las amenazas, el



FICHÚ DE TUL NEGRO Y ENCAJE. (La explicación en la hoja de patrones).



ROSÁCEA DEL FICHÚ DE TUL NEGRO Y ENCAJE.



ADORNO DEL CUELLO Y DEL VOLANTE. (Véase el corpiño de batista cruda).



VESTIDO CON CUERPO DE COTILLA.

enojo ó el desden: y cuando las esgrime, olvida sus intereses y el delicado é importante papel que le ha sido asignado en el mundo.

Cuando veo á una mujer proferir en injurias ó amenazas, me hace el mismo efecto que un niño jugando con una pis-

que le sirve para poco más de nada. El hombre puede defenderlo con la palabra y con las armas: á la mujer le es imposible de todo punto, y solo puede sostenerlo por los atractivos de su persona y de su espíritu.

¡Ay de aquella, á la que solo se concede lo que tiene derecho á exigir! ¡No será ni muy amada, ni muy dichosa!

Yo he conocido á una mujer de mucho talento, que decia al hombre á quien amaba:

—Yo no pido de tu amor y de tu tiempo más que aquello que puedas y quieras darme.

—¿No te crees con derecho á que te consagre más horas y un cuidado más asiduo? le respondió él, que indudablemente se conocia reo de algun desden.

—Yo no me creo con derecho á nada: lo que hago es esperarlo todo, y dar gracias al cielo como de una felicidad por aquello que me concedes.

II.

Frecuentemente oimos quejarse de la poca duracion del amor, y asegurar que ya no hay corazon, y que el amor es un juego, y para los más una palabra vana ó vacía de sentido.

Segun el pobre juicio de la mujer que esto escribe, el amor es hoy lo que ha sido siempre, no solo la necesidad más imperiosa del corazon humano, sino tambien el bello ideal tras el que corre la humanidad entera.

Solamente que con el nombre de amor se cubren muchas veces las malas cualidades que le son contrarias, y los fines más bajos y más despreciables.

Llábase amor al deseo de dominar á un hombre que algunas mujeres sienten; al afán de seguir todos sus pasos; á la imprudente mania de introducirse en su vida entera y de erigirse en jueces, y si es posible, en testigos de todas sus acciones.

—Yo amo apasionadamente á mi marido, porque le soy fiel hasta de pensamiento, pueden decir algunas esposas: paso el día regañando á mis criados, y tengo la casa hecha un infierno; pero eso no importa, soy fiel á mi marido: prodigo en locos gastos sus modestos haberes, ó carezco de tino para arreglarlos á las necesidades de la casa; pero le soy fiel: soy colérica, quejumbrosa, contrario sus gustos, le reconvengo si tarda una hora más de lo que yo quiero; pero le soy fiel y todo me está permitido.

¿Acaso queda tiempo para las debilidades del corazon á la que gasta su vida entera en hacer insupportable la de los demás con la ostentacion continua de sus defectos?

Aun es dudoso que ese corazon exista; y por cierto que la fidelidad de esa mujer no es muy de estimar.

¿Qué amor puede resistir al martirio de todas las horas, ni qué marido apreciará el afecto de semejante mujer?

El amor existe, á no dudar, antes del matrimonio, y es positivo que el matrimonio le hace huir en muchas ocasiones; pero no es difícil de hallar la razon: antes de casarse, una joven emplea la diplomacia: no hace oposicion abierta á lo que desea ó agrada al hombre que va á ser su esposo: busca mil caminos de travesía, y suele conseguir cuanto anhela, sin lastimar ni el cariño, ni el amor propio de su prometido.

Pero una vez casada ya, se cree dispensada de toda suavidad, de toda contemplacion, en una pa-

labra, alega su derecho; y el derecho ¡ay! es pocas veces reconocido y jamás estimado por el hombre.

III.

Precisa es á la mujer la fortaleza necesaria, ó más



TRAJE DE VIAJE (espalda).



TRAJE DE VIAJE (delantero).



CAPA DE VERANO PARA SEÑORA MAYOR (espalda).

(Las explicaciones de las figuras de esta página se hallarán en la hoja de patrones).



CAPA DE VERANO PARA SEÑORA MAYOR (delantero).

bien, la amable debilidad que tienen esas cañas verdes y flexibles que crecen á la orilla de los lagos: ¿no habeis visto con qué cadencioso rumor inclinan su verde cabellera, cuando el viento las azota, y cómo se doblan gimiendo dulcemente?

El viento pasa entre ellas sin troncharlas, y derriba la orgullosa encina, que se alza soberbia á gigantesca altura.

Los cañaverales se enderezan de nuevo, y de nuevo



Gilquin fils, imp. Paris

LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA

Administracion Arenal, 16

MADRID

Ayuntamiento de Madrid



se doblegan, siempre que es necesario ante la voluntad de su señor.

Ceder un poco en la mujer es ganar mucho, siempre que al ceder sepa conservar su dignidad.

Seamos diplomáticas en vez de ser guerreras, y supliquemos en vez de exigir: el amor se enamora de la debilidad, y no sabe resistir á la persuasión: el corazón tiene mil caminos de travesía que conducen al mismo fin, á la felicidad.

Cierto que estos senderos no suelen estar esmaltados de flores; que alguna vez el pie se ensangrienta con los abrojos que tiene que hollar, pero á lo menos, habremos seguido nuestra condicion de mujeres, y no podremos asustarnos de las desdichas que nuestra intolerancia provoque ó atraiga nuestra aspereza.

Las mujeres han llevado á cabo difficilísimas misiones



CORPIÑO CON ABERTURA CUADRADA.

que los hombres no habian podido llenar: en nuestro sexo la diplomacia ha alcanzado grandes triunfos, y más de un soberano ha enviado á su madre, á su hermana ó á su esposa á una corte extranjera, consiguiendo el talento femenino todo el resultado apetecido.



CORPIÑO DE MUSELINA CON PETO PLEGADO.

(Las esplicaciones de las figuras de esta página se hallarán en la hoja de patrones.)



SOMBRERO DE CRESPON DE CHINA AZUL.

IV.

En la familia, en el seno del hogar, es donde la mujer tiene mil ocasiones de ejercitar las maravillosas dotes de persuasión y de ternura con que la ha favorecido el cielo.

Como hija, como esposa, como madre, como hermana, su mision es conciliar, complacer, amar y escusar siempre á los que faltan.

La mujer que reúne á un corazón tierno y amante, un talento bastante claro para doblegarse cuando la ocasion lo exige, para callar con la razon, para hacer abnegacion de sí misma, en obsequio de la paz y de la felicidad de los seres que le son queridos, es el bello ideal de su sexo, y puede estar segura de que hallará siempre el amor en torno suyo.

Tambien en nuestros días se ven grandes pasiones, amor durable, afecciones graves y profundas; mas puede asegurarse que en ellas entra por mucho el buen sentido, la razon luminosa de la mujer.

Casi siempre consigue más una coqueteria que un alegato; una sonrisa, que una amenaza; una mirada, que una queja; una lágrima, que una injuria.

Seamos diplomáticas con gracia, y no justas con severidad; seamos indulgentes, y seremos queridas; solo se ama lo que es amable; seamos débiles y nos protegerán, porque si hacemos alarde de fortaleza, abdicamos nuestros más bellos atributos, que son la ternura que atrae y el talento que fija.

MARIA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

SECRETOS DEL HOGAR DOMÉSTICO.

novela inglesa

DE M. ELLIS, ARREGLADA AL CASTELLANO

POR LA

SRA. D.^a FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

(CONTINUACION.)

—¡Dichosamente llega solo!... exclamó la infeliz temblando de dolorosa emoción, más bien que de frío.

Jorge, que no la veía, se puso á reir á carcajadas.

—¡Oh! ¡yo os ruego, amigo mio, exclamó Leonor tomándole por el brazo, que os calleis; pudieran oiros!...

—¿Y qué importa que me oigan? ¿Hago yo algo malo? exclamó en voz alta. El vino de M. Brouwn es bueno y trata grandemente á los amigos.... Ya nos hemos jurado una amistad eterna, y no nos hubiéramos separado en toda la noche á no pensar en vos, Leonor.

—Os lo agradezco, Jorge; pero por Dios, no hagais ruido, que todo el mundo duerme.

—Pero yo; yo no tengo gana de dormir, jamás me he sentido con tan buena disposicion para pasar alegremente la noche riendo y cantando con una botella en frente. ¡Ah! tengo muchas cosas que deciros.

—¿Sí? yo os daré una botella; venid, que la noche está fria; dentro hablaremos cuanto querais.

—¿Fria? ¡no tengo frío!... mirad que luna tan bella; yo sabia una cancion de la luna, acompañadme, cantaremos.

—Venid, os suplico; y cuando estemos al lado del fuego cantaré por complaceros.

Al fin consiguió hacerle entrar, y tuvo valor para cantar, para llevarle la botella, para escuchar cuanto la quiso contar, llevándole luego á la cama, encontrándose al amanecer sola, sola con su amargo dolor y con sus lágrimas.



CORPIÑO DE PERCAL LISTADO.

—¡Es preciso hablarle!... y le hablaré... decía en voz alta, como para afirmarse en esta resolucion, prometiéndose solemnemente cumplir tan penoso deber.

Por la mañana, al llevarle el desayuno, sintió perder todo su valor, pues Jorge la tendió la mano con aire de arrepentimiento y la dijo á



CORPIÑO DE BATISTA CRUDO.

media voz: «no me digais nada Leonor; sé cuanto podríais decirme; perdonadme; ¡ah, si supierais cuán desgraciado soy! vos no lo sabéis.»

—No lo sé Jorge; ¡podeis creerlo!

—No, Leonor; no lo sabéis; la pérdida momentánea de mi razón es el único remedio á las torturas que siento.

—¡El único! amigo mío; y tomándole una mano se sentó á su lado. ¡El único! cuando teneis en mi una amiga tan verdadera y tan apasionada. ¿Por qué no depositais vuestros pesares en este corazón que os ama?

—Leonor, no insistáis.... quizá algún día.... Escuchadme. Yo os prometo, por lo más sagrado del mundo que esta vez será la última, rehusaré en adelante todas las ocasiones que se me presenten, pero no puedo prometeros renunciar ó esa embriaguez del espíritu que me libra por algunas horas de los tormentos horribles, desgarradores de mi conciencia. El público ignorará que vuestra suerte está unida á la de un.... hombre degradado, como yo estoy; pero perder esta degradación es imposible: permitidme que á solas, cuando nadie me vea, me prive de la razón voluntariamente, si no quereis que ella me abandone para siempre.

Diciendo estas palabras, Jorge se ocultó el rostro con las manos.

—¿Qué es lo que dice!... ¡Dios mío!... se preguntaba en voz baja Leonor, sin atreverse á formular su pregunta en alta voz.

Desde este día, Jorge cumplió religiosamente su promesa, á la que había faltado tantas veces; Leonor creyó deber cerrar los ojos, dejándole entregarse en la soledad de su aposento á tan punibles escenas.

La clientela de Jorge había aumentado, y gracias á la abnegación de Leonor, ningún escándalo alarmó la confianza de los que iban á buscarle, por lo que se resignó á vegetar en la oscuridad, renunciando á la idea que tuvo durante algún tiempo de dar á sus hijos una educación brillante. Muchos años pasaron sin que á Jorge le llamaran los vecinos ricos, siendo lo que ganaba con los colonos insuficiente para las necesidades de cada día.

Leonor recibió carta de Mss. Wert, en la que ésta le anunciaba que el buen doctor llevaba mucho tiempo sin poder abandonar su lecho, habiendo manifestado varias veces su deseo de verla, sin atreverse á exigirlo, conociendo su posición. La aseguraba, además, toda su ternura, y la profunda admiración que sentía por sus virtudes.

En este momento entró Jorge, y dándole la carta que acababa de recibir, la leyó en silencio, devolviéndosela á su mujer sin decir una palabra. Despues, dando algunos paseos por la galería, salió de nuevo, y no volvió hasta la hora de comer.

—Dejad vuestra labor, dijo cuando hubieron servido los postres; tengo que hablaros de una cosa seria. Y llenando su vaso hasta el borde, le vació de un trago.

—Ya os escucho, amigo mío; contestó ella, que continuó trabajando con ardor.

—Dejad vuestra labor os he dicho; esa costura no correrá tanta prisa, y bien puede dejarse para mañana.

—Obedezco, replicó Leonor, colocando su obra en la silla que tenía delante.

Jorge vació de nuevo un vaso de vino, y guardó silencio.

—No me mireis así, exclamó de repente; ¿tengo yo aire de loco? quizá tacheis de locura lo que voy á deciros: escuchadme.

Y siguió callado.

Leonor no se atrevía ni á mirarle, ni á decir una palabra, ni á hacer un gesto, sintiéndose alarmada por el estado en que le veía.

—El doctor Wert va á morir, dijo al fin Jorge, haciendo un esfuerzo; y si él pudiera escribir, me escribiría pidiéndome perdón. ¿Os asombra esto, no es verdad? Es que solo él sabe lo que ha pasado en la operación de lady Cleveland. Él hizo temblar mi mano, murmurando en tono bajo la palabra *borracho*.

Y Jorge se ocultó el rostro entre las manos; pero casi al mismo tiempo se dirigió de nuevo á beber; y sin mirar á su mujer, continuó así:

—Las consecuencias de la operación han sido desgraciadas, sin duda; pero en cuanto á la operación misma, es preciso que yo os confiese al fin, Leonor, que no sé cómo ha sido hecha.

—¡Dios mío!... exclamó involuntariamente la infeliz.

—Pero sostengo, continuó Jorge animándose, que todo iba bien hasta el momento en que esta indigna palabra llegó á herir mi oído. ¡Esto es todo!... Lady Cleveland había mentado al decir que sir James consentía en la operación durante su ausencia. En este intervalo, M. Wert, dándose la importancia de amigo, escribió á sir James, arreglándose de manera que hizo caer sobre mi toda la responsabilidad, siéndome imputada la muerte de lady por sir James y por el público en general, que me acusa de asesino y de...

Hubo un largo rato de silencio; Leonor respiraba apenas, latiendo su corazón en el pecho violentamente.

Jorge no cesaba de beber.

—Y bien, sí; ¡yo la he matado!

Leonor saltó sobre su silla, y volvió á caer sin fuerza y sin voz.

—Sí, continuó con una risa convulsiva, yo he sido su *verdugo*; ¿lo comprendéis, Leonor? ¡su *verdugo*!... Esta palabra, estendida por el doctor Wert, debía hacer fortuna, y la ha hecho en efecto, arruinando la mía. Sir James ha renegado de mí, el doctor ha renegado, todos han renegado... pero no es esto lo que más me duele, no; ¡son los remordimientos de mi conciencia!... ¡Ah! ¡cuántas veces me he preguntado si en aquel día estaba yo en estado de lucidez para operar á la desgraciada mujer!... Esta duda, ¡oh! ¡esta duda es espantosa!... ella estravia mi razón, abate mi inteligencia y me oprime el corazón.

De nuevo Jorge, ocultando su abrasada frente entre sus manos, quedó como anonadado bajo el peso de amargos recuerdos.

—¡Jorge!... ¡mi querido Jorge!... dijo Leonor levantándose muy temblorosa; ¡vos os engaíais, sin duda; estais ofuscado!... Mss. Wert me ha asegurado muchas veces que su marido estaba contento de vos.

Jorge, reteniendo entre las suyas la mano que su mujer le tendía, dijo con doloroso acento:

—¡Oh! ¡no sabéis lo que son estos tormentos de la conciencia!... ¡Un asesinato! ¡Una muerte! De día, de noche, sin cesar, mil y mil veces se oye la voz de ¡asesino!... esta palabra que me dijo sir James, y que la tengo siempre en mis oídos: —¡Yo os creía mi amigo, me dijo, y vos me habeis engañado, y me habeis dejado partir sin advertirme el peligro! M. Wert, que ni es mi amigo ni me debe atenciones de ningún género, me lo ha escrito, y se ha empeñado en tener mi consentimiento para este asesinato, ¡porque ha sido un asesinato, y vos sois un asesino!...

Leonor lloraba en silencio.

—Si, ¡yo quiero beber!... quiero ahogar mi razón, y ahogarla sin cesar. —¡Vino!... ¡vino!... decía golpeando la mesa con el puño cerrado, y llenó de nuevo su vaso.

—Ya he empezado y es preciso que acabe, continuó al cabo de un rato, con los ojos febriles y las mejillas encendidas. Es preciso que sepais toda mi miseria, miseria de que habeis sido la primera causa.

—¡Yo!... exclamó Leonor palideciendo de dolor y de espanto.

—Sí, vos ¡Leonor! ¡vos que os creéis inocente, ante Dios y los hombres!... yo os amaba, y si hubiérais querido romper con sir James en los primeros tiempos de nuestro matrimonio os hubiera sido fácil, haciéndome romper con mis antiguas relaciones. Hoy estamos en este pueblo arruinados para siempre; sí, para siempre, sin esperanza de rehabilitarme ni en mi reputación ni en mi fortuna. La esposa no es una ama de casa ¿lo oís? el ama de casa usa de su imperio para satisfacer sus caprichos; pero la esposa joven debe usarle para fundar su porvenir y el de su familia.

—¡Ah! ¡Jorge!... ¡y podeis castigarme así, por haberos amado tanto!... replicó sollozando la desgraciada.

—¡No; nada de esto hubiera sucedido, si vos no hubiérais querido que sucediese, replicó Jorge con la dureza de la injusticia; pero vos tambien estabais encantada de sir James, de sir James, que me perdía, que me ha perdido!...

Yo he estado loco; la escena de su regreso me ha perseguido siempre y me parece estarla presenciando todavía. ¡Ah! ¡cuántas veces en mis delirios he visto la imagen de lady Cleveland, levantándose de su lecho como un espectro que sale de la tumba y arrojando á la vista de su marido aquel grito terrible que aun resuena en mi oído, y que me despierta muchas veces!...

En la embriaguez no escucho nunca estos gritos; por eso quiero embriagarme de noche, de día, y á todas horas. Cuando estoy ebrio no siento, ni veo nada, ni me persiguen esos pobres niños de luto por la muerte de su madre, que yo he asesinado; ni á sir James, arrojándome con altanería de su casa, y diciéndome con desprecio, palabras que no quiero, ni puedo repetir. Así no tengo miedo de nada... venga vino, vino, siempre me han de llamar el *borracho*, y al hipócrita mister Wert, el buen doctor.

—Pues bien, dijo Leonor reanimándose de repente: yo iré á saber la verdad: él os la debe, y la dirá toda entera, hallándose en el caso de comparecer ante Dios.

Y al decir estas palabras se levantó, cesaron de correr sus lágrimas que temblorosas colgaban al borde de sus párpados, fijando sobre Jorge una mirada llena de profunda piedad. Este la miraba tambien, pero sin verla; la exaltación que le había sostenido hasta entonces comenzaba á caer, confundiéndose sus ideas. Llevó la mano á la frente y se golpeaba, como queriendo sujetar sus pensamientos fugitivos.

Leonor sentía desfallecer sus rodillas y se sentó.

Hubo un largo silencio.

Las reflexiones que se presentaban en tumulto al espíritu de Leonor eran bien amargas; sin duda Jorge se mostraba injusto acusándola de haber sido la causa de sus desórdenes; pero en el fondo había algo de verdad, algo de verosímil en el reproche, que por primera vez en su vida acababa de dirigirla. Si ella usó de su imperio sin objeto, sin prevision, sacrificándose á la esperanza incierta de ver convertida en realidad la protección de sir James. Seducida ella misma por las falsas alegrías del mundo, no puso el remedio en un principio, y cuando quiso ponerle ya era tarde, había pasado ese reinado efímero que tiene la mujer en los primeros meses de matrimonio. Ella reconoció que había sido débil, que quiso conservar su amor y la paz de su casa á todo precio, y despues de muchos años escribía duramente esta debilidad, ¡ah! ¡y sus hijos la escribían tambien!...

A este pensamiento, Leonor, que había quedado anonadado sobre una silla, se levantó.

—¡Jorge! dijo poniéndose de rodillas ante él y tomándole una mano; los dos hemos sido muy culpables; los dos tenemos que implorar el perdón de Dios, y él se dignará levantarnos del abatimiento en que hemos caído; lo espero de su infinita misericordia; este abatimiento, producido por la miseria y el olvido de todos, no es lo único que debemos combatir, es tambien nuestro deber rehabilitarnos, para esta vida y para la otra. Si nos hemos olvidado de que la vida en el mundo es un tránsito, y que los sufrimientos y las luchas del corazón, soportadas noblemente, deben ser para la eternidad. Habré sido culpable, pero vos, mi amigo, el padre de mis hijos, ¿me perdonais el no haber sido lo que debía ser?

Jorge estrechó á su mujer en sus brazos y murmuró estas palabras: —«Los dos tenemos mucho que perdonar-

nos; id, pues, á ver al doctor Wert, y sabremos la verdad, que me direis, ¿eh?»

—Os prometo, respondió Leonor, que por lo más caro para mí del mundo, sabreis la verdad toda entera, tal y conforme sea. Mañana partiré, y antes de tres días estaré de regreso.

La noche fué cruel para Leonor; se arrepentía amargamente de haber prometido á su marido decirle la verdad entera, porque si, en efecto, Lady Cleveland había sucumbido por causa de Jorge, ¿cómo decirselo?

Al amanecer, Leonor llamó á la criada, hizo que le fueran á buscar una silla de postas y luego llamó á sus hijos mayores, Federico y María.

—¿Cómo, mamá! ¿partis ya? ¡y por tres días!... ¡qué viaje tan largo!...

—Mamá, ya que vais á la ciudad, traedme el libro de geografía que me habeis prometido.

Leonor sonrió tristemente, y encargó á sus hijos que cuidaran y respetaran mucho á su padre durante su ausencia, y recomendó á María, en particular, el cuidado de su hermana menor y de su hermanito, y á Federico que ayudase en todo á María.

—Ahora, añadió Leonor, id y preparad el desayuno bajo la encina grande, en tanto vestire á Enrique, y despues hablaremos de la tarea que teneis que cumplir.

Antes de entrar en el cuarto de los pequeños, Leonor entró en el de su marido; estaba dormido, y se retiró con ánimo de volver, porque la era preciso hablarle antes de partir.

X.

LOS HIJOS.

Leonor se había engañado; Jorge no dormía, pero fingió dormir para no ser turbado en sus amargos pensamientos, en sus dolorosas reflexiones. ¡Por la primera vez de su vida se juzgaba! Despues de una noche de insomnio, Jorge permanecía inmóvil, con los ojos cerrados, y absorto en los recuerdos de su culpable vida, que le reprochaba su conciencia, recuerdos á los cuales el hombre más perverso no puede nunca escapar. El remordimiento le había hecho hasta entonces delirar, porque no iba acompañado del arrepentimiento; pero entonces ya sentía el deseo de arrepentirse, deseo que partía del fondo de su alma.

La angelical dulzura de Leonor, su moderación cuando Jorge se atrevió á reprocharla el no haberle detenido en sus vergonzosos desórdenes, la abnegación sin límites que había mostrado despues de tantos años, de la que iba á dar todavía una prueba, en fin, una ternura tan constante que no pudo alterarse por nada, todo esto había parecido á Jorge un sacrificio continuo de aquella admirable mujer. Cuando la vió entrar en su cuarto, volverse de puntillas y cerrar la puerta en silencio por no interrumpir su sueño, cayeron de sus ojos gruesas lágrimas sintiendo una emoción profunda que no pensó en reprimir porque estaba solo, hallando algo de dulce y de desgarrador en estos pensamientos; reuniéndose el sentimiento de su indignidad y el reconocimiento inesplicable por aquel amor tan tierno de que había sido constantemente objeto.

—¡Dios mío!... ¡Dios mío!... murmuraba Jorge apoyando fuertemente sus dos manos sobre el corazón.

Pero á esta emoción sucedieron bien pronto los recuerdos que desde tiempo atrás torturaban su espíritu y su alma...

Jorge saltó del lecho, y bajó á la galería con intencion de decir á Leonor: ¡no partais!... ¡es inútil!... ¿qué necesidad hay de ir á buscar la confirmación de lo que yo sé demasiado?...

No encontrando á nadie en la galería, Jorge se aproximó á la ventana, apercibiendo entonces á los rayos del sol un cuadro encantador. Leonor, rodeada de sus hijos, tenía al más pequeño sobre sus rodillas, sentada bajo una encina que cubría con su sombra una gran parte del prado que se extendía delante de la casa: multitud de rosales en flor servían de marco á este lindo grupo de niños, que comían con mucho apetito leche y pan negro en unas escudillas de madera. Leonor participaba de su frugal desayuno, animada por los infantiles gritos del pequeño Enrique, que era el favorito de todos. Los cuatro dejaban oír alegres carcajadas, produciendo una triste sonrisa en los labios de su madre. Jorge, que nunca había pensado en esto, se apercibió del cambio que se notaba en ella, asombrándose de su palidez y de su espantosa demacración, que atestiguaba sus horribles sufrimientos; apenas su mismo marido podía reconocer en ella á la que quince años antes condujo al altar, radiante de frescura, de esperanza y de belleza.

De pronto cesaron las carcajadas y los jubilosos gritos de Enrique; aquellos rostros infantiles tomaron una expresión seria, y algunas ojeadas furtivas hicieron comprender á Jorge que le habían visto. Su corazón se oprimió. ¿Era, pues, él para sus hijos un objeto de terror? Se retiró de la ventana descontento, irritado contra ellos y contra si mismo, y entró en su gabinete. De pronto se detuvo como retenido por una mano invisible delante del espejo que adornaba la chimenea. Le acababa de sorprender el cambio de Leonor, fruto de largos sufrimientos morales ocasionados por sus desórdenes. Leonor estaba pálida, y él tambien, ella delgada, y él tambien, y sin embargo la palidez de ella la hacia interesante, mientras que la suya le tornaba espantoso. Sus ojos infiltrados de sangre, cubiertas sus sienes y sus mejillas de numerosas arrugas, la mirada estraviada y los cabellos grises que caían en mechones desordenadamente por sus sienes y se erizaban en parte sobre la frente.

—«Comprendo, dijo con risa convulsiva, el espanto de los niños; estoy espantoso, y podría pasar por un espectro.»

Jorge se arrojó sobre un sillón, y cubriéndose el rostro

con las manos murmuró: «Pero ellos, Dios mío, ellos pueden huir de mí; yo no puedo, no puedo huir de mí mismo.»

Algunos instantes después entró Leonor; acercó una silla al sillón suyo, y tomándole una mano le dijo con ternura:

—Tengo, amigo mío, que dirigiros una súplica.

—¿Cuál? preguntó Jorge con aire abatido.

—Yo estaré ausente tres días... y nuestros hijos ignoran que vos... ¿Yo quisiera que me prometiérais dejarlos lo menos posible!... ¿me comprendéis? dijo bajando la voz mientras que sus mejillas se cubrían de rubor.

—Si, os comprendo; pero no puedo prometer nada.

—Amigo mío, os lo suplico, por respeto á vos mismo, por ellos, por la casa.

—No, Leonor, no puedo prometer nada; ¡soy muy desgraciado!... ¿qué quereis que haga un miserable odiado por sus hijos, abandonado de Dios!...

—¿Odiado de vuestros hijos?... ¡Ah! Jorge, ¿y podeis pensarlo? ¿Podeis creer que no les he enseñado á amaros, á respetaros?...

—¿Y me temen?...

—Temen solamente molestaros; respondió Leonor con un tono lleno de profunda afección. Les he acostumbrado desde pequeños á respetar vuestro reposo, amigo mío. ¿Y podeis creerlos odiados de vuestros hijos, abandonados de Dios?... No, eso no podeis creerlo; la bondad paternal del que todo lo puede vendrá en mi ayuda desde que le imploréis con fervor. Jorge, recemos juntos; pedid á Dios conmigo que os saque de ese abatimiento de ánimo y os perdone.

—Solo el que no es culpable se atreve á rezar.

—¡Ah! Jorge, si así fuera, todo arrepentimiento sería inútil.

—¿Yo soy un asesino!...

—No, Jorge, no! vos no lo sabeis de cierto; y si lo fuérais, también el asesino puede esperar misericordia en la bondad sin límites de Dios. Los hombres suelen no tener piedad los unos por los otros; pero Dios, el padre de todos!... ¡nuestro refugio!... ¡nuestro apoyo!... ¡Oh! creedlo, Dios perdona al que reconoce, al que confiesa su falta, al que avergonzado recoge todas las fuerzas de su alma y de su inteligencia para luchar contra sí mismo y triunfar de su culpa. En fin, amigo mío, no os pido que me prometáis nada; os ruego solamente que cuideis de nuestros hijos y tengáis confianza en la protección de Dios.

Algunos instantes después la silla de postas que la conducía salió de Sommerhill.

Jorge, después de la partida de su mujer, quedó largo tiempo absorto en sus pensamientos; después, sorprendido del silencio que reinaba en torno suyo, pasó á la galería. María trabajaba cerca de una ventana, y se levantó al verle acercando una silla junto á la mesa donde estaba servido el succulento y delicado desayuno destinado para él, muy diferente al insignificante y frugal que había visto tomar á su mujer y á sus hijos. Esto le chocó, y con aire preocupado se sentó á la mesa. María volvió á su sitio y tomó su labor; no levantando los ojos sino para asegurarse de que á su padre no le faltaba nada.

Jorge se decidió á desayunarse, más bien por ocultar á su hija su preocupación, que podía ser demasiado visible. Era la primera vez que se hallaba solo con su hija, con María, cuyo rostro tranquilo y dulce se parecía mucho al de su padre, antes que los años y los excesos hubieran hecho desaparecer su belleza.

En el momento preciso, indicado de antemano por su madre, María se levantó, fué á buscar el café y le sirvió á su padre, colocando cerca de él una botella de aguardiente.

Jorge rehusó dulcemente esta botella, á la cual recurría cada mañana lo menos dos veces. Por efecto de un sentimiento de pudor instintivo, él no quiso delante de esta niña tan inocente y tan pura acudir al origen de todos sus males, pareciéndole que hubiera sido una profanación.

—María, dijo después de una larga vacilación; ¿teneis costumbre de comer siempre pan negro para el desayuno que haceis con vuestra madre?

—Sí, padre mío, siempre lo comemos, casi nunca probamos lo blanco.

—¿Y por qué os servís en escudillas y con cucharas de madera?

—Porque son más baratas y más fuertes que las de porcelana, y las cucharas de madera le gustan á mamá más que las de hierro.

—Decidme, hija mía; ¿vuestra madre participa siempre de vuestro almuerzo? ¿Come siempre leche y pan negro?

—Sí, padre mío; es decir, cuando almuerza, porque á veces no toma nada.

—¿Y la gusta mucho el pan negro y la leche?

—¡Ah! no lo creo, papá; la sucederá como á Federico y á mí, que nos costó mucho trabajo acostumbrarnos á él en un principio; pero nos asegura que es más nutritivo, y que nos conviene en la juventud acostumbrarnos á todo, por si llega la desgracia, que sepamos ya de antemano lo que son las privaciones.

A estas palabras Jorge sintió como un dardo agudo que le traspasaba el corazón. La desgracia había llegado y la necesidad en toda su rudeza pesaba sobre Leonor. Ella en silencio se impuso todas las privaciones á fin de que Jorge no espermentase ninguna. Nunca participaba ni del almuerzo ni de la comida de su marido, bajo el pretexto de que tenía que cuidar de los niños en la mesa, que daban mucha guerra, molestarían á su padre, y este padre era delicadamente servido, y veía sobre su mesa ricos manjares y las primicias de la estación, en tanto que su mujer y sus hijos se alimentaban con leche y pan negro. ¡Abundancia para él!... ¡privaciones para ellos!... ¡Y para

colmo de abnegación Leonor decía á sus hijos que era por acostumbrarlos á la desgracia!...

Los huérfanos educados por la pereza no estaban más miserables, y ella... ella... aquella Leonor acostumbrada desde la cuna al bienestar de una existencia cómoda y tranquila, se sometía sin replicar y después de tantos años, á sufrir las consecuencias de una falta que no era suya.

Alguna cosa amarga parecía correr gota á gota en la herida que Jorge acababa de recibir con las palabras de su hija... se oprimió la frente con las manos, y por alejar sus penosos pensamientos cambió de conversación.

—¿Qué trabajáis, María? ¿qué obra es esa?

María enrojeció, y bajando la cabeza, dijo á media voz: «Una camisa de hombre.»

Esta pregunta había sido dirigida á su hija, sin que él diera la menor importancia á la respuesta que iba á recibir; pero la turbación y el embarazo visible de María escitaron su curiosidad.

—¿Entonces trabajáis para mí ó para Federico?

—¡Oh! esta camisa es demasiado grande, dijo ella esforzándose por sonreír; á Federico no le vendría.

—Y bien, será para mí; ¿por qué no lo dices desde luego? no veo en esto ningún misterio.

—¡Es un secreto!... respondió María con los ojos llenos de lágrimas.

—¿Un secreto!... ¿y llorais?

—Sí, porque he desobedecido á mamá; me ha prohibido llevar mi labor donde vos esteis, y pensando que no haríais caso, veo ahora que sucede lo contrario, y siento haber seguido mi capricho en lugar de obedecer á mamá.

—Yo no comprendo, María, qué misterio ni qué secreto puede haber en la confección de una camisa.

—¡Ah! no me lo preguntéis, padre mío; yo os lo ruego; yo no debo mentir, ni debo tampoco descubrir el secreto que guarda mamá hace tanto tiempo.

—Querida niña!... replicó Jorge con una voz tan afectuosa y tan tierna que el corazón de María se conmovió, porque nunca su padre la habló con tal acento ni la miró con tanta ternura. Ella fijó un instante sus húmedos ojos en él, con una mirada de inocente asombro mezclada de afección profunda.

—¡Oh! si vos supierais el secreto de mamá, dijo ella, estoy segura de que la querríais todavía más; y si lo quereis, padre mío, os lo diré.

—Yo no lo exijo, hija mía; si vuestra madre os ha prohibido decirlo, y la habeis prometido callarlo, no quiero que desobedezcáis, ni falseis á vuestra promesa.

—¡Oh! mamá no nos lo ha prohibido terminantemente; pero hemos visto que se ocultaba de vos, y al callarlo creemos adivinar su voluntad; ¿no es verdad, padre mío?

—Ciertamente; pero si ninguna promesa os liga, ni se os ha prohibido con formalidad, bien puedo yo, vuestro padre, saber ese secreto, que acaso importará mucho el que yo lo sepa para la dicha de vuestra madre.

María miró de nuevo á su padre; pero esta vez con la expresión de una viva ansiedad.

—Entonces voy á decíroslo; exclamó después de un instante de vacilación. Ved aquí lo que es; mamá cose mucha ropa blanca para fuera; nos levantamos á las cinco Isabel y yo, y nos ponemos á coser con mamá, que se levanta mucho más temprano. Isabel hace los dobladillos, yo los pespuntos y mamá los cuellos y puños; de manera que todos los días antes de comer ya hemos concluido una camisa de hombre.

—¿De manera que trabajáis por ganar dinero?

—Sí, padre mío; y ese dinero sirve para una porción de cosas en la casa, y también para comprarnos vestidos. Alguna vez, cuando mamá ve con el afán que trabajamos sin levantar cabeza, dice riendo que tiene miedo no nos volvamos avaras, es decir, que nos guste mucho el dinero; nosotras nos reímos también, y verdaderamente que quisiéramos ganar mucho.

—¿Y qué haríais con ese dinero?

—¡Oh! no nos estorbaría: desde luego pagar la escuela á Federico, y más tarde pagar para que se pueda hacer doctor: por esto nos enseña mamá á ser muy económicas. En seguida pagar su sueldo á la criada, y una multitud de cosas que atormentan á mamá, sin contar con un gran proyecto que tiene; pero este es otro secreto, aunque bien puedo decíroslo, si quereis, porque mamá no podrá realizarlo tan pronto.

—¿Qué es, pues, ese gran proyecto? preguntó Jorge con una especie de espanto; pues todo lo que acababa de oír le oprimía el corazón.

—Ya sabreis, padre mío, replicó María bajando un poco la voz, como si temiese ser oída por su madre, á quien hacía traición, á pesar de que tenía necesidad de hacer conocer la extensión del sacrificio de esta madre sublime; mamá quiere comprar para vos una cosa que os agrade, un caballo!...

—¿Un caballo!...

—Sí, padre mío; un caballo para vos, á fin de que podáis hacer vuestras visitas sin fatigaros tanto corriendo por estos alrededores; estais enfermo casi siempre.

—Yo no estoy enfermo, hija mía.

—Sí, sí, padre mío; nosotros lo sabemos y por eso tenemos tanto cuidado de no molestaros, y se observa para vos un régimen mucho mejor que el nuestro y el de mamá, aunque la pobre creo que está más enferma que vos, á pesar de que lo niega, y lo negará mientras se vea un resto de vida en su rostro. Así, pues, prosiguió María sin advertir el daño que sus palabras hacían á su padre, hace mucho tiempo que mamá nos habló de este caballo con que quería sorprenderos, y todos los días contábamos el dinero apartado en una bolsa para esto, añadiendo lo que mamá ponía de su labor; pero ved qué desgracia: por Navidad del año pasado llega el tabernero con una cuenta

tan larga, tan larga, que no concluía nunca, y había en ella cosas que mamá no conocía del todo.

Jorge se levantó bruscamente, y se puso á pasear por la galería.

(Se continuará.)

TUTORES Y PUPILOS.

Don Liborio es un vejete coloradillo y rechoncho, que está toda la semana dale que dale al negocio, para dejar á sus hijos un decente patrimonio con que puedan bandearse el día que él cierre el ojo. Todos los días festivos sube el señor don Liborio ala, ala, ala, ala, los trescientos diez y ocho escalones de Begoña que revientan á los gordos, y así á la Virgen santísima dice postrado de hinojos: —«Señora, á los sesenta años me tentó Dios ó el demonio de casar con una chica frescota como un repollo, y se me murió la pobre tres años después de un cólico, dejándome tres chiquillos lo mismo que tres cachorros. No está bien que yo lo diga, pero los tres son tan monos que, francamente, me tienen con sus monerías chocho, y paso ratos del diantre siempre que á pensar me pongo que puedo estirar la pata de un momento para otro, antes que mis chiquitines se manejen por sí propios. Aguzad mi entendimiento, que es, por señas, algo romo, para que si tal sucede, muera este pobre cañoño seguro de que á sus hijos no estafará algún galopo.» El domingo por la tarde, hecho este suplicatorio, emprendió la vuelta á casa pensando en sus tres pimpollos; pero al cruzar la arboleda, se detuvo ébrio de gozo, creyendo aviso del cielo lo que veían sus ojos. Lo que sus ojos veían eran tres varas de chopo que, puestas como tutores junto á los débiles troncos de otros tantos roblecillos, se componían de modo que, chupa que chupa al suelo el jugo mas sustancioso, mientras los tres roblecillos se secaban con tal robo, ellas, frescotas y verdes, crecían como demonios. Fuera ó no aviso del cielo esto que vió don Liborio, los que á nombrar vais tutores ó á nombrar vais mayordomos ó á nombrar vais concejales ó á nombrar vais... otros y otros que me dejo en el tintero, no lo echéis en saco roto.

Bilbao.

ANTONIO DE TRUEBA.

REVISTA DE MODAS.

Paris 18 de junio de 1870.

Cualquiera creeria que la moda, tan activa y transformadora en las primeras semanas de cada estación, entraria después en la calma y reposo. Sin embargo, no es así. Durante el período

que podríamos llamar de elaboración, la moda traza definitivamente las líneas principales, da la fisonomía general y termina, por decirlo así, el boceto del cuadro. En cuanto al cuadro en sí, se parece mucho á la obra de Penélope: retocado sin cesar, jamás terminado, cada señora le da su pincelada, y hé aquí la razón de que la moda no se dé nunca punto de reposo.

Confiadas en esta inventiva é inansable volubilidad, muchas damas esperan ver en una de las nuevas combinaciones el *permiso* de reconquistar el sobretodo ó paletó que antiguamente se llevaba con todos los vestidos. Mas por ahora, es preciso que renuncien á tan lisonjera esperanza. El paletó de tafetan negro acompaña á los vestidos negros de granadina ó de seda, y por tolerancia se le admite en compañía de vestidos muy oscuros; pero aquí cesan sus atribuciones. Con los vestidos de telas claras, su uso está vedado, enteramente vedado.

Cuando estos vestidos carezcan de paletó igual y no tengan tan siquiera un pobre paño de reserva para hacer un cinturón con aldetas ó por lo menos unos tirantes, y sin embargo, estén en bastante buen estado para darles el retiro, no hay otra salvación que asociarlos con los paletós cortos ó marineras de paño blanco de verano ó de cachemira de las Indias, fondo negro ó encarnado.

Quedan ahora los mantones de encaje de Chantilly, ó de encaje de lana, que se llevan mucho. La manera de transformarlos más sencilla y generalizada consiste en plegar el manto en medio de la espalda (escote), en color ar sobre estos pliegues un lazo de cinta negra con caídas, y fijar este escote en medio del cinturón, por detrás. De este modo la espalda del corpiño queda descubierta, y el pañuelo de encaje representa por detrás una especie de tirante. A más de estos pliegues, se frunce algunas veces el manto perpendicularmente al medio, desde la cintura hasta el ángulo del borde inferior; esto ahueca y forma *puff*.

Si bien estas transformaciones son lindas y de buen gusto, como entran en el dominio de lo que las parisienses llaman *chiffonaje*, es decir, arreglo de trapos, y no pertenecen á la costura propiamente dicha, se comprenderá que no publiquemos de ellas patrones ni dibujos.

Describamos, para terminar, un preciosísimo traje que hemos visto en casa de una modista de las principales de París, procurando ser lo más claros y explícitos, á fin de que se nos entienda sin la cooperación del dibujante. Está hecho el traje á que nos referimos de faya gris; la falda redonda va guarnecida de un volante plegado, atravesado perpendicularmente con cintas de terciopelo negro, que van colocadas á distancias iguales. La falda va *listada* de arriba á abajo con las cintas de terciopelo. El corpiño, casaca, levita y *puff*, todo á un tiempo, es de faya del mismo color, pero sin las listas de terciopelo. Las solapas, adornos *vuellos* y lazos son igualmente de terciopelo. La casaca, echada toda hacia atrás, descubre casi completamente el delantero de la falda y las caderas, y se levanta voluminosa por detrás. El corpiño es alto y las mangas dobles, es decir, muy anchas y hendidas, con mangas de debajo de la misma tela, pero casi ajustadas.

LA VIZCONDESA DE CASTELFIDO.

ESPLICACION DEL FIGURIN ILUMINADO.

Núm. 1266.

Vestido de faya de color de malva, guarnecido de un volante, que lleva por encima un rizado doble, cuyo centro va ocupado por un biés. Túnica y paletó de granadina blanca con rayitas de color de malva, que forman cuadros: la guarnición se compone de un biés color de malva y de un fleco blanco y color de malva. Sombrero de paja blanca, adornado de racimos de glicina. El paletó es hendido y ancho, con mangas también anchas.

Vestido de batista cruda, compuesto de una falda redonda, guarnecida de un volante con tres trenzas de seda morena por encima. Delantal de la misma tela, guarnecido de un volante plegado y de trenzas morenas. Cola de corte, con segunda falda

GEROGLÍFICO.



La solución en uno de los próximos números.

un poco más corta que la cola. Corpiño con aldetas, abierto en cuadro, con mangas anchas. En el interior, fichú plegado de muselina blanca. Mangas de debajo blancas y semi-anchas.

EMELINA RAYMOND.

CORRESPONDENCIA.

Madrid 20 de junio de 1870.

S. V. de Z., Alcalá de Henares.—Gracias por esa preferencia; pero es difícil indicar el color para ese traje, no sabiendo si ha de servir para una joven rubia ó morena, porque puede convenir á la primera y no á la segunda, ó vice-versa, el color que yo elija. Sin embargo, indicaré un vestido para viaje, tan nuevo como elegante. Falda de lanilla, sea crepelina, sea alpaca, de color de melocoton: un ancho volante de 50 centímetros de ancho y tableado, adorna la falda, llevando á la cabeza un rizado de glase color de rubi. El corpiño lo forma un chaleco Luis XV, con grandes bolsillos en los delanteros, guarnecido el todo con rizados color de rubi: este traje es bonito, elegante y cómodo, pues los bolsillos reemplazan á los saquitos de mano. Sombrero de paja, con gran velo de gasa y flores. Las botitas pueden llevarse negras ó de color de ante.

D. P. A., Zaragoza.—Los peines de concha, forma diadema, son indispensables para los peinados actuales, y en París tienen gran boga, ó en su lugar agujas, con una bola de concha; se colocan cinco ó seis, y hacen muy buen efecto: para las rubias, concha oscura; para las morenas, concha de color de caramelo.

Ninguna discusión puede ni debe llevarse al extremo: la buena educación se revela también en la obediencia á los padres ó á los tutores, y mi opinión es que, al aceptar sus consejos, las jóvenes demuestran no solo cordura, sino también respeto.

A. H., Betanzos.—Los colores para pabellón de la Virgen, serán grana ó carmesí, si no es para una Concepción, en cuyo caso tiene que ser azul; en unas u otras, el fondo del dosel será blanco. Los géneros de tela admitidos, y según lo que se desee emplear, son el terciopelo, el raso, el merinillo ó la percalina abrigada, pero ésta en azul, pues en grana pierde mucho; de modo que no siendo para Concepción, no puede emplearse esta última tela: los adornos para el terciopelo son de oro, tanto las estrellas cuanto el fleco, que deberá ponerse de canutillo; en el raso, de plata, en el merinillo un encaje al borde y las estrellas de papel plateado, formadas con diez hojas y pegadas con goma, y lo mismo para la percalina: los cordones de seda, pudiendo recoger el pabellón á los lados con flores plateadas, ángeles ó cordones. La forma del pabellón es siempre la misma, y depende del buen gusto el más ó menos buen efecto.

B. de S., Oviedo.—Este año se llevan en París muchos vestidos sin segunda falda, adornando la primera con varios volantes y corpiño con aldetas redondas ó cuadradas; por consiguiente, no hay inconveniente en que tome ese modelo para el suyo.

Cuando veo una madre ocupándose con tanto interés de la educación moral de su hija, desde luego simpatiza mi corazón con el suyo, y me es sumamente grato ayudarla en todo aquello que me sea posible: me parece bien que no la agovie con demasiados estudios, sobre todo en una constitución delicada, y mi opinión sería que, como medida higiénica, no usara corsé para tocar el piano ni para bordar. Los detalles con respecto á los libros, van directamente.

A. C., Pontevedra.—Para el traje que me indica para el medio luto, es á propósito un sombrero de paja inglesa, negra, la copa bastante alta, con el ala vuelta para fuera, solo por un lado, y adornado con plumas negras y moradas, y gran velo de gasa morada. Al vestido le pueden poner biéses de la misma tela, ó rizados, además de los tres volantes.

M. P. E., Utrera.—Para señora, los trajes más cómodos y elegantes para bañarse son los que representa nuestro grabado del número anterior. Para caballero, el traje de baño es muy sencillo y admite pocas variaciones. Galzon holgado y solo cubriendo hasta poco más de la mitad del muslo: este calzon debe de ser ó de punto ó de franela grana. Blusa marinera con manga muy corta y holgada, á fin de que deje libres los movimientos para nadar: cinturón negro, así como los adornos de la tira del pecho de la marinera.

C. J., Berre (Navarra).—El vestido azul debe guarnecerse, si es para reunión, con encajes blancos y biéses de raso azul más oscuro, ó con la primera falda lisa y la segunda de muselina blanca, adornada con encaje valencienno; pero si es solamente para calle ó visita, con biéses de raso y flecos de seda azul. El de jovencita, cuya muestra envía, le adornarán con biéses color violeta para que le anime un poco ó con terciopelo negro, hoy muy en boga.

C. S. de M., Marquina.—El color de las botas para traje claro, sea el que quiera su color, debe de ser perla, color crudo ó color tierra seca; de esos tres pueden elegir y tener dos ó tres pares de lacitos de cinta con hebilla de acero, del color de los trajes, para apuntarlos y cambiarlos si lo desean, aunque sería mejor lazos del mismo color que la bota con hebilla de acero, pues de ese modo es más sencillo, más elegante y menos pretencioso.

H. A., Ferrol.—La carta que me indi á para pedir mi opinión con respecto á la *nigritina*, no la he recibido y empiezo por contestar á la última. No solo es elegante y de buen tono el que una señora use reloj, sino que es casi indispensable, y habiendo caído en desuso las cadenas largas y pendientes del cuello, hoy se coloca en una leontina corta y que se diferencia de la de los caballeros en que en el enganche de ella tiene algunos diges y adornos. El reloj se lleva á un lado.

A. B., Madrid.—Mil gracias por su amabilidad y sobre todo por esa confianza que demuestra tener en mi opinión con respecto á modas, así como en el periódico. Propongo, pues, que siendo un traje de suprema elegancia el que desea lucir, lo haga de este modo. Vestido color malva y segunda falda del mismo color, pero mucho más claro. Levita Luis XVI color pensamiento y bordeada con rizados: el sombrero de paja de arroz adornado con terciopelo, pensamiento y racimos malva.

M. M. de B., Santiago de Galicia.—Si la tela es de color crudo, guarnecer el vestido con cuatro volantes fruncidos bordeados con terciopelo negro, y una ancha cabeza formada con encañonados y un afollado en el centro: la segunda falda debe procurar la hagan bastante corta y de color castaño claro, adornada con biéses de terciopelo negro y un fleco castaño: las mangas del gabancito, anchas y abiertas hasta el codo, y guarnecidas también con biéses y fleco: el sombrero estará muy elegante adornado con flores silvestres. Este traje puede servirle para viaje y para el campo. Creo es bastante detallada la descripción según la desea.

C. G., Penilla de Cayon.—La solución al salto de caballo del núm. 17, que usted se sirvió remitirnos, la recibimos á tiempo, mas por causas ajenas á nuestra voluntad, nos fué imposible insertarla.

LA BARONESA DE WILSON.

ANUNCIOS.

VELUTINA CHARLES FAY. La Velutina es un polvo de arroz especial. Su preparación al Bismuto le asegura sobre la piel un efecto saludable.—La Velutina es adherente, impalpable y absolutamente invisible: así es que da al rostro una frescura y un aterciopelado naturales. Precio 5 francos.

Una noticia ilustrada acompaña á cada caja. La Velutina se encuentra en casa de todos los principales perfumistas y en casa del inventor CHARLES FAY, 9, rue de la Paix, en París.

COFRECHITO BELLEZA á 250 francos.—BLANCO DE PAZ, á 20 francos.—ROSA DE CHIPRE, á 20 francos.—En la Oficina Higiénica, 17, calle de la Paz, primer piso: París.

EAU DES FÉES, AGUA Tintura progresiva DE LAS HADAS para los cabellos y la barba. Nada hay que temer al emplear esta agua maravillosa, de la cual se ha hecho propagadora Mme. Sarah Félix.—Depósito general: en París, 43, rue Richer. Depósito en los establecimientos de los principales Peluqueros y Perfumistas de España y América.

LA BENEDICTINA, LICOR FAVORITO DE LAS DAMAS, dulce, suave, de un gusto exquisito, aperitivo y digestivo, preserva de toda clase de epidemias. Depósito en París, 19, rue Vivienne, y en las principales ciudades de España y Ultramar.

VICHY. La compañía arrendataria del establecimiento termal de Vichy vende, además de las aguas de Vichy, todas las aguas minerales naturales conocidas. Sales para baños de Vichy, pastillas digestivas, chocolate fabricado en Vichy con las sales extraídas de las fuentes bajo la inspección del Estado. Administración central: París, 22, boulevard Montmartre.—Depósito en las principales ciudades del mundo.

AGUA DE LA FLORIDA para conservar y restablecer el color natural del cabello. MAS DE QUINCE AÑOS DE BUEN ÉXITO.—El agua de la Florida, compuesta del jugo de plantas exóticas y de sustancias cuyo uso benéfico está reconocido por la facultad de Medicina de París, no es una tintura (hecho que importa mucho consignar), puesto que la misma agua devuelve á cada cual el color primitivo de su cabellera. El uso del Agua de la Florida destruye además la caspa; hace crecer el cabello é impide su caída.—Precio de la botella: 10 francos.

ACEITE DE LA FLORIDA.

Este aceite, compuesto de sustancias vegetales exóticas, contribuye poderosamente con el Agua de la Florida, á la consistencia, hermosura y conservación del cabello.—Precio de la botella: 5 francos.

En casa de Guislain y Compañía, calle de Richelieu, 112. París.

Hay que desconfiar de las falsificaciones.



TRAJES DE FULAR DE LA MALA DE INDIAS.

PARÍS.—Pasaje Verdeau, números 24 y 26. Envía muestras gratis.

MADRID.

IMPRENTA Y LIBRERIA DE LA ILUSTRACION, CALLE DEL ARENAL, NÚM. 16.